

# Parte I

# RUSIA

## COMIENZA EL VIAJE

Cuando escribo esta crónica, ya llevo en el cuerpo bastantes kilómetros de lo que será un largo y emocionante viaje alrededor del mundo, repleto de experiencias. Algunos de mis objetivos para este largo trayecto poco planificado son viajar a dedo, y sino, en transporte público, trabajar de grumete en algún barco, disfrutar, ser el primer extranjero en años que accede a algún lugar recóndito, vivir, participar en una ceremonia religiosa extraña, compartir, subir una montaña alta, comprender, vivir con nómadas, sentir, tirarme al vacío, aprender, bajar rápidos, volar, caminar cerca de animales salvajes, reír, y todo lo que este mundo quiera ofrecerme.

Hace varios días, ya muy lejanos, dejé mi primera crónica grabada en un CD a una distante y robótica funcionaria rusa, y le di algo de dinero como pago por el favor de enviar el escrito por correo electrónico. Pero mi pequeña historia no salió hacia ningún lugar. Estará enterrada bajo papeles en el fondo de un cajón, en una pulcra y gastada oficina del hotel *Intourist* donde me alojé. *Intourist* es la cadena de decrépitos y ridículamente caros hoteles estatales de Rusia. En mi querido esfuerzo literario que ya doy por perdido contaba las primeras vivencias del largo viaje que me espera. Comencé en Moscú y pocos días después me subí en el tren Transiberiano para atravesar parte de Europa y Asia, de oeste a este por el centro de este formidable y extenso país. Apostaría a que la funcionaria que hoy maldigo se ha gastado mi dinero en varios tragos de vodka Stolichnaya.

Redacto esta crónica que lees sentado en una incómoda silla de madera astillada, a pocos metros del feo conglomerado de edificios gubernamentales de Ulan Bator, capital de Mongolia. Miro a mi alrededor y veo un solitario y frío despacho con dos ordenadores antediluvianos, mapas raídos sujetados con chinchetas torcidas y oxidadas a una pared desconchada, y un par de mastodónticos teléfonos de disco. En este cubículo trabaja durante el día Batsegseg, agente de viajes y guía especializada en turistas japoneses. Como en cualquier país, los turistas japoneses son bienvenidos. Dicen que son callados, disciplinados y sobre todo, gastan mucho.

Batsegseg es una amiga local que a hurtadillas me ha prestado las llaves de su oficina, en la que me he colado con alevosía y nocturnidad para escribir. Son las tres de la mañana, la ciudad duerme, y hay mucho silencio, rasgado por los ladridos de algún perro sarnoso que busca comida. Dentro de tres horas veré otro limpio y fresco amanecer en el corazón de Asia. Y dos horas más tarde entrarán en la oficina personas que nunca imaginarán que tuvieron a un español infiltrado durante toda la noche, usando su ordenador.

Así que debo escribir rápido.

Pero déjame retroceder varios años.

Poco antes de iniciar esta odisea había regresado de Argentina. Volví a España después trabajar casi un lustro en este contradictorio, impredecible y maravilloso país, que parece navegar en una tormenta continua. Una etapa que me ha dejado muy marcado. Antes de buscar trabajo y volver a la rutina de oficina, teléfono, estrés y contaminación, me propuse viajar durante dos o tres meses. No importaba donde. Llevaba ya más de ocho años viviendo fuera de España, entre Chicago, Nueva Jersey, San Juan de Puerto Rico y Buenos Aires. Por primera vez en mi vida tenía las tres cosas más importantes para viajar: tiempo y algo de dinero. Ganas las he tenido siempre.

Treinta días después volaba a diez mil metros de altura mirando, a través de un ojo de buey, la interminable alfombra de nubes que se escurría lentamente como un mar de algodón. Escrutaba ilusionado y ansioso el horizonte desde la doble ventanilla de metacrilato rallado de un destartado y sucio Tupolev, el *Jumbo comunista*. Mi primera parada: Moscú. Tras recibir muchos empujones a pie de escalera durante el caótico embarque, y mantener una discusión con otro pasajero para demostrar la titularidad de mi asiento, descubrí que el respaldo había cedido hacia atrás noventa grados, convirtiéndose en una tumbona de playa. Temblé al pensar que durante las cuatro horas siguientes tendría que surcar los cielos europeos tumbado involuntariamente boca arriba, enseñando el ombligo y mirando las redondas rejillas de la boca de aire acondicionado. Esta incómoda posición, la ausencia de azafatas que resolvieran el problema (juraría que las había visto subir al avión) y la emoción por el inicio del viaje, hicieron que me pasara el resto del trayecto de pie, paseando por este castillo flotante. Las escaleras interiores al piso superior del Tupolev parecían las escalinatas del salón-comedor del *Titanic*. Nunca he visto tanto espacio desaprovechado dentro de un avión. Mientras miraba, o más bien soñaba, junto al ojo de buey, ví pasar a mi lado una joven pareja de rusos que, entre risitas y miradas de complicidad, se introdujeron juntos en el estrecho cuarto de baño. Durante los próximos veinte minutos, el cartelito rojo de *Occupied* no se apagó. Esperé infructuosamente para ver si se bombaba la puerta. Orson Welles dijo: “*cuando se viaja en avión solo existen dos clases de emociones: el aburrimiento y el terror*”. Un rato después nos sirvieron un aséptico y frío almuerzo en ajadas bandejitas de polietileno.

## ALGO DE CAOS PARA EMPEZAR

Ya con los pies sobre las baldosas del pequeño y desgastado aeropuerto de Moscú, sentí con intensidad que pisaba tierras lejanas, y paladeaba anticipadamente la miel de la aventura. Por delante mía, docenas de turistas desorientados esperaban en una caótica cola para pasar los trámites de aduana y la revisión manual del equipaje. Un único funcionario, irritado y cansado,

hurgaba desganado en las intimidades de cada maleta, dejando caer bragas, cepillos de dientes, calcetines, y creo que una dentadura postiza. La cola era interminable y se movía tan despacio como una marea. Observé que era uno de los pocos viajeros occidentales que esperaban su turno, pacientemente, sin formar parte de un tour organizado.

Atareados empleados rusos corrían de aquí para allá con un *walkie talkie* pegado a la oreja. Por su aparente estrés parecía que se ocupaban de graves problemas, pero el caos aumentaba a medida que se unían a la cola pasajeros que desembarcaban de otros vuelos. Pero iba mentalizado y cargado de paciencia. Veía en la lejanía la gorra del funcionario destructor de intimidades, tras muchas cabezas y espaldas impacientes. Estaba lejano el momento de la violenta apertura y registro de mi mochila. Mientras, soportaba estoicamente los comentarios de algunas maduras turistas con visera floreada y bolso Louis Vuitton, que me advertían moviendo el índice de los peligros de viajar a Rusia fuera de un tour organizado, y me contaban terroríficas historias que había escuchado en algún lugar y momento que no recordaban. Durante este agónico y lento avance hacia el funcionario aduanero nos adelantó un hombre maduro, de estatura media, que pesaría unos ciento y muchos kilos. Iba enchaquetado, con gafas de sol ancladas en la frente por encima de las cejas y obesos dedos cubiertos de brillantes anillos, pulseras de oro en la muñeca y un grueso y ostentoso reloj. Un par de mozos de aeropuerto le acompañaban empujando torpemente dos carritos llenos de maletas Samsonite recién estrenadas. Con un par de codazos, el gordo se aupó al primer puesto de la cola, cara a cara con el inalcanzable funcionario de aduanas. Un rápido cruce de manos entre los dos, una sonrisa fugaz y *donación* al canto. El funcionario se apartó inmediatamente sin abrir las maletas, dejó pasar al *pseudo-mafioso*, y le dijo algo que sonaba como “*¡tenga usted un buen día, señor!*”.

Poco a poco me iba impacientando y cabreando. Durante la espera se me ocurrió, después de pedir la vez, acercarme a una mini ventanilla con un cartel de “*change*”, con la intención de cambiar algunos dólares por rublos. Las esbeltas empleadas de camisas blancas y falda azul que corrían por los pasillos sin destino aparente me indicaron con poco interés que el *banco* estaba abierto. Pero la ventanilla de la oficina se veía cerrada a cal y canto. Dije “*¿no ven que está cerrado?*” Ellas dijeron en inglés “*golpee y abrirán*”. Golpeé repetidamente, pero no hubo señales de vida al otro lado. “*Siga golpeando y abrirán*”. Seguí dando mamporros contra el cristal. Varios minutos después, cuando lo había dado por imposible y volvía resignado mi puesto en la cola, la cortinilla veneciana se levantó. Una marea de norteamericanos de camisa de flores y yo corrimos para comprar rublos. Teníamos miedo de que el displicente cajero, que no paraba de bostezar y no miraba a los ojos, se cansara de atender y volviera a echar la cortinilla.

“*Welcome to Russia*”, decía un enorme cartel...

Una vez sorteados los obstáculos aeroportuarios llegué a la puerta de salida. Allí tuve que sufrir la agresividad verbal (en ruso) y agarrones de los taxistas que me ofrecían un viaje hasta el centro de Moscú por unos *módicos* cincuenta dólares, mi presupuesto para un par de días. Me protegía de las andanadas físicas y verbales girándome sobre mí mismo y empujando con mi mochila con trece kilos de ropa, objetos y libros. La mochila llevaba cosida un escudo del Betis. Sanchez Dragó ha escrito: “*todo pesa, todo es un lastre para el camino. Para el camino del viajero y el de la vida hay que ir ligero de equipaje*”.

Me alejé de la terminal caminando. Una amable anciana vestida de negro me indicó que a 500 metros había una parada de autobús, en la carretera de circunvalación que rodea el aeropuerto. Al llegar, otras dos sencillas viejecitas de anchos tobillos, pañuelo en la cabeza que portaban voluminosos bolsos de esparto me indicaron a través de señas qué autobús debía tomar. Llegué al centro de Moscú por 20 céntimos. Durante el trayecto fui el único pasajero occidental en el lento y desvencijado vehículo de fabricación soviética.

En Moscú viví varios días intrascendentes, alojado en una extraña *ciudad-hotel*. Los seis *bloques-colmena* destinados al turismo eran edificios de 20 pisos, con 150 habitaciones idénticas por planta. Cada monstruo de hormigón parecía una galaxia autónoma, con sus bares cutres mal servidos, ruidosas discotecas sin insonorizar, putas somnolientas y vodka barato. Durante el *check-in*, la recepcionista de mi *colmena* arrancó la primera hojita de mi librito verde o visado para viajar por Rusia que había comprado en una agencia de viajes en Madrid. En adelante viajaría por este país con un cuadernito parecido a los *tickets-restaurant*, cuyas páginas irían arrancado los supervisores ferroviarios y conserjes de hotel de cada etapa. Me advirtieron que si perdía una fecha o me desviaba del circuito impuesto tendrían que avisar a la agencia de viajes en España que había *gestionado* mi periplo ruso. Aprendí demasiado tarde que para moverse por Rusia con un mínimo de libertad y gastando poco es necesaria la invitación de alguna persona u organización soviética. Yo no la tenía y gasté más de la cuenta.

Los dos o tres días que pasé en Moscú fueron anodinos. Ví lo que había que ver: el Kremlin, algunas iglesias y palacios, la Plaza Roja etc. El clima era benigno pero no me gustó el ambiente por las prisas, lo impersonal, el sentirme tan pequeño en una ciudad tan grande, el anticlímax del inicio de un viaje... Además, me encontraba muy solo. Moscú es una enorme ciudad desbordada de edificios antiguos y viejos, de gente que parece deambular sin rumbo, inmigrantes sin alma, feos bloques-tostador de viviendas en cooperativa, majestuosas y mal mantenidas fuentes y palacios y calles abarrotadas de lujosos y oscuros coches alemanes con los cristales tintados. A pesar del mito de la movida moscovita, no encontré atractiva la vida nocturna; escaseaban los lugares de ocio con algo de animación, y los pocos en los que entré eran caros y estaban llenos de prostitutas que sonreían mecánicamente a turistas cincuentones colgados y fornidos mafiosos de mirada hostil. La actividad cultural parecía intensa, pero los billetes de entrada –inflados para los no rusos- eran muy altos para mi escaso presupuesto. Ante este panorama de ciudad grande y fría, decidí posponer mi visita a San Petesburgo para un futuro viaje a Rusia.

Otra voz me llamaba.

## EL TRANSIBERIANO

Había llegado el momento que tanto había visualizado en sueños, el día de la partida en el Transiberiano. Arrancaba el verdadero viaje. Empezaba la aventura... internarse en lo desconocido, contactar con otra gente, dejar de hacer el turista, pasear sin rumbo, esperar a que pase algo, improvisar...

En la zarista, decadente y masificada estación ferroviaria *Komsomolskaya Ploschad*, cientos de personas sentadas en el suelo o tumbadas entre sus numerosos bártulos esperaban

indolentemente la aguda sirena que autorizaría la subida al tren. Viejas con pocos dientes y piel curtida y arrugada como una nuez, ataviadas con telas y un pañuelo atado a la cabeza, que no quitaban ojo a sus más de cien kilos per cápita de equipajes, animales y enseres compactados en enormes bolsas de colores chillones. No había turistas europeos. Mi salto al vacío.

Minutos antes de despertar, nuestro larguísimo tren de casi treinta vagones se extendía casi un kilómetro a lo largo de un interminable andén repleto de gente que esperaba sin prisas. Una placa blanca bajo la ventana en el exterior de cada vagón, atornillada sobre un descascarillado fondo verde oscuro decía en ruso: *MOSCU-VLADIVOSTOK*. Sentía escalofríos.

El mítico Transiberiano es la arteria principal que comunica Oriente y Occidente del país más grande del mundo, con diecisiete millones de km<sup>2</sup> (33 veces España). Se construyó en la época zarista y costó las vidas de muchas decenas de miles de prisioneros de guerra, *coolies* traídos de la India y otros desheredados. La larga y chirriante anaconda de hierro y acero se arrastra durante siete días desde el Este de Europa hasta el Pacífico atravesando bosques, taigas, llanuras y estepas, como una lanza que se hunde en el interior de la placa euroasiática. Utilizado por todos los bandos en las numerosas guerras y revoluciones que ha sufrido Rusia desde que se constituyó, el Transiberiano es una autopista de hierro que desplaza miles de contenedores, toneladas de madera y millones de almas y sueños a lo largo de sus 9.288 kilómetros de vida.

Se acercaba el momento de subir al tren, y los pasajeros empujaban con esfuerzo hacia la portezuelas el equipaje, bártulos y comida necesaria para hibernar muchos días en una pequeña cabina. Apeataba a comida y vodka.

De repente, sonó el silbato y comenzó la estampida: ¡todos a correr! Llegué jadeante y alterado a mi compartimento de segunda clase (hay también tercera clase, atestada de rusos, chinos y mongoles, prohibida a los turistas occidentales), que tenía siete m<sup>2</sup> y 2,5 metros de alto, las paredes forradas de plástico imitando madera barnizada, equipado con cuatro cómodas camas-litera plegables, dos por pared, con la cabecera cerca de la ancha ventana y los pies rozando la puerta corredera acristalada que da al pasillo, además de una pequeña mesita plegable bajo una ventana flanqueada por cortinas ráfadas y anudadas en los laterales, y una maceta con flores de plástico descoloridas. La ropa de cama, limpia, estaba cuidadosamente doblada a los pies de cada litera. La primera y segunda clase acogen a los ricos, mafiosos, militares y escasos turistas europeos.

Entré en mi cabina, que aún estaba vacía, y dejé caer mi mochila. Me acomodé sobre el asiento de *sky* verde y frío. En silencio observaba los andenes a través del rayado cristal, sintiéndome en una nueva dimensión, alejado de la inmensa estación llena de ecos, esperando la sirena que nos haría arrancar. Eran momentos de intensa emoción. Pronto empezaría el traqueteo y un largo viaje siempre hacia el este que terminaría muchos meses después, arribando a España por la otra cara del globo terráqueo.

Un brusco ruido me arrancó bruscamente de cavilaciones y miedos, se abrió ruidosamente la puerta corredera de la cabina y entraron dos jóvenes militares uniformados, de escasa graduación. Me saludaron afablemente, en ruso, y mostraron cierta sorpresa y alegría al darse

cuenta que tendrían a un occidental como acompañante. Pocos rusos hablan inglés o francés. Rápidamente se despojaron de sus uniformes y se pusieron cómodos enfundándose un chándal. No me di cuenta de que empezaba el descontrol hasta que Vassily metió la mano en su bolsa de deportes y sacó una botella de vodka *Stolichnaya*. La mostró con un guiño y una sonrisa cómplice, sacó tres vasitos como los que se usan para beber tequila, y me indicó con señas que la fiesta comenzaba aquí y ahora. Metió la mano en su bolsa varias veces más, hasta alinear con orgullo en la pequeña mesita bajo la ventana *siete* botellas de vodka de litro y medio. Sergei vitoreaba mientras Vassily se divertía ordenando botellas y vasitos. Les miraba aterrizado. Pero rápidamente vencieron mi débil resistencia. Ahora hago memoria y recuerdo vagamente lo que ocurrió durante los tres días siguientes. Creo que terminé comunicándome y babeando en ruso, noruego, lapón, indostán y alguna lengua tántrica.

Me llevaban sin duda hacia el precipicio, que arranca en un pasajero bienestar y locuacidad, seguido de mareo, malestar, y amnesia. Antes de hacer este viaje paralelo, recuerdo que a las 14:00 horas, mientras empujaba el tercer vasito de vodka a pelo, sonó un largo silbato, y un brusco empujón acompañado con chirridos bajo la cabina nos indicaba que comenzaba el más largo viaje en tren. El gigantesco reptil verde, tirado por una vieja y mal mantenida locomotora de 10.000 caballos y 200 toneladas de peso, iba desperezándose y ganando velocidad. El tren salía lentamente de la estación arrastrando su enorme carga humana y material, con las ilusiones de los que regresan a casa y los miedos de los que parten a tierras desconocidas. Yo, con la candidez del viajero que da su primer paso, iba cargado de sueños, ansiedades y deseos. Lao-Tsé dijo: “*un viaje de mil millas comienza con el primer paso*”.

Durante los próximos 5.185 kms no me toparía con turistas europeos.

En cada vagón de segunda clase hay largo y estrecho pasillo alfombrado flanqueado por grandes ventanas y las puertas correderas que dan acceso a 10 cabinas con 4 literas cada una. Durante el día, las literas de arriba se levantan sobre sus bisagras y enganchan contra la pared con una pieza metálica con forma de anzuelo. Debajo queda un cómodo espacio para sentarse. Al fondo del vagón, antes de llegar a la puerta que ruidosamente comunica con el exterior y el siguiente vagón, hay a la izquierda una cápsula del tamaño de un pequeño vestidor, que contiene un inodoro y un lavabo. Está prohibido usar la taza cuando el tren está parado. No hay ducha. En cada vagón viaja una cuidadora o *Provodnitsa*, mujer rusa entre 20 y 40 años, vestida con una camisa militar celeste, una sobria falda de corte recto y gorra de tela azul marino con forma de rombo, y una pequeña insignia militar con forma de águila en el pecho. Son responsables de que los pasajeros mantengan limpias las cabinas y el pasillo, de entregar las almohadas y ropa de cama, del controlar los billetes, velar por el orden en el vagón, regañar a los alborotadores y borrachos y ayudar en lo que surja. Nuestra *Provodnitsa* se llamaba Olga. Tenía 27 años y un carácter bravío. Era delgada, alta y con el pelo rubio y rizado. Me trataba igual que a los rusos, es decir, con rudeza. Recuerdo que alguna vez llegó a increparme.

El tren avanzaba pesadamente y le costaba salir de la interminable periferia moscovita. Me asombré al ver a través de la sucia ventana la miseria de los arrabales. Pero a estas alturas mi nivel de intoxicación etílica había entrado en la *fase mareo*. Las notas que tomé a partir de ese momento fueron referencias imprecisas garabateadas en un cuadernito, con caligrafía cada vez más distorsionada.

Varias horas después, en el km 289, pasamos por encima del poderoso río Volga. A las 21:00, en el km 357, muy mareado y tambaleante bajé al arcén de la estación de Danilov para comprar algo que llevarme a la boca. Pero el silbato sonó al poco tiempo y me subí al vagón con el tren en marcha. No quiero pensar que hubiera hecho si se me escapa el tren. Esa noche me tocó dormir en la litera de arriba. Vassily y Sergei dormían en las de abajo, totalmente ebrios. Mi cabeza daba mil vueltas y era un amasijo de expectativas, cansancio, alegría desbordante, ansiedad y un poco de miedo.

A las 6:00 de la mañana del segundo día ya estábamos en el kilómetro 957 e hicimos una breve parada de quince minutos en la mal iluminada estación de Kirov. Bajé al andén para tomar aire, pasear y refrescarme. Hacía frío, pero agradecía la suave brisa helada en la cara. De vuelta en el tren recuerdo que el resto del día lo pasé con un buen puntito de alcohol, sin caer en la ebriedad, con la nariz pegada a la ventana, disfrutando del paisaje, intentando comunicarme con gestos y risas con mis compañeros de cabina y recibiendo visitas de otros pasajeros del vagón, que traían botellas de vodka llenas y vasitos vacíos. Los visitantes más serios se marchaban aburridos tras comprobar que el europeo no discernía bien. Al medio día, superada la primera resaca, visité el vagón restaurante, con bancos sin respaldo para cuatro personas flanqueando cada una de las ocho mesas. Esperé mi turno y por ocho dólares me sirvieron un menú a elegir entre *Soljanka* (sopa), filete *Strogonoff*, albóndigas con huevos fritos o salchichas, acompañado de pan y bebida (vodka o agua).

A las 18:30 de este segundo día, el tren comenzó a trepar con esfuerzo por las estribaciones de los Urales, la primera zona montañosa. En el km 1.577 pasamos fugazmente a más de 120 km/h por un punto muy importante: un solitario obelisco que señala el fin del territorio europeo y el principio de Asia.

A las 20:40 dejamos atrás los suburbios de Sverdlosk, lugar de nacimiento de Boris Yeltsin, cerca de Ekaterinburgo. Este lugar silencioso fue trágico testigo en 1918 del cruel asesinato en un frío sótano de Nicolás II, el último zar de Rusia, junto a toda su familia y servicio.

En la madrugada del tercer día, mientras todos dormían, estaba de pie junto a una de las ventanas del solitario, silencioso y oscuro pasillo disfrutaba relajadamente de las mágicas noches blancas del verano ruso, en la que el cielo no oscurece completamente, y el sol se esconde a las 2:00 y renace a las 4:00. El silencio venía impregnado por el suave y monótono traqueteo del tren. En tres días había retrocedido la manecilla de mi reloj tres veces, lo que suponía ya una gran diferencia horaria respecto a mi punto de partida en Moscú.

En esta balsa de paz y quietud creí escuchar un ruido suave y distante. Me giré y discerní al final del pasillo una rendija de luz que brotaba de la cabina de la *Provodnitsa*. En la penumbra se recortaba una silueta esbelta e inmóvil. Afinando la vista intuí que Olga me invitaba a acercarme, moviendo el brazo. Cuando estaba cerca me preguntó un susurro y uniendo el pulgar y el índice si quería tomar un té. Contesté afirmativamente con la cabeza. Me hizo pasar a su cubículo, débilmente iluminado por una vieja lamparita. Su compartimento parecía un apartamento para muñecas. Permanecía el silencio, interrumpido por el suave y monótono tac-tac, tac-tac del tren. Olga estaba descalza y solo llevaba una bata de color claro, sobre la que se proyectaban sombras temblorosas. Fugazmente noté que se había pintado los labios de un color claro. Con una señal me indicó que me sentase en la litera que servía de asiento. Se dio la vuelta y corrió el pequeño cerrojo de la puerta. Con una dulce sonrisa se acercó a mí y

me puso la mano izquierda en la mejilla. Su mano derecha tiró del lazo que cerraba la bata por la cintura. El lazo cayó al suelo como una serpiente muerta. La bata se deslizó cada vez mas rápido por su piel hasta caer en el suelo alfombrado. Olga no llevaba nada debajo. La miré de manera inquisitiva, me sonrió con autosuficiencia y empujándome suavemente hacia atrás, puso su índice sobre mi boca. Apagó la luz.

## SIBERIA

Al día siguiente, en el km 2.078, entramos en Siberia, una región veinte veces más grande que España que abarca nada menos que siete zonas horarias.

Muy temprano esa mañana el Transiberiano paró brevemente en Perm, y tras despedirme de muchos amigos me apeé del tren durante veinticuatro horas para descansar. Este tren pasa todos los días a la misma hora (sale a las 14:00 todos los días desde Moscú), por lo que es posible reincorporarse. Eso sí, con nuevos compañeros de viaje. Perm es una fea ciudad industrial repleta de fábricas abandonadas y voluminosos e inhumanos bloques colmena, herencia del colectivismo estalinista. Excepto unas copas de vodka de más -otra vez-, no tengo nada que añadir sobre esta ciudad, que me recordaba a los deprimidos suburbios de las ciudades mineras inglesas en las películas de Ken Loach.

A la misma hora pero un día después, retomé otro Transiberiano. Con los nuevos compañeros de viaje rusos practiqué la misma rutina: representar mi papel de animal exótico, dejar que se rieran sanamente de mí, divertirme y beber, comer mal, mirar el paisaje, leer y babear mientras dormía profundamente. Durante las cortas noches de verano el sol parece rebotar contra un horizonte de pinos, tundras y casitas de madera, que incesantes desfilan y saltan a lo largo de las anchas ventanas al compás del traqueteo del tren.

En el km 2.712 pasamos por la estación de Omsk, otra importante ciudad siberiana con fea fábricas por doquier, enormes edificios-tostador y, dando un poco de color, coquetas casitas de madera en los suburbios. Terminados los escasos vestigios de civilización, las ventanas del tren eran otra vez invadidas por suaves ondulaciones verdes, extensas praderas y bosques sin fin.

En el km 3.332 el río Ob se escurrió sin ruido por debajo del tren. Es uno de los ríos más largos del mundo. Nace en el Altaí mongol y muere en Ártico. Poco después nuestro hotel sobre railes paró unos minutos en la enorme ciudad de Novosibirsk, capital de Siberia y una de las ciudades más ricas e industriales de Rusia.

En el km 4.100 hice otra parada de veinticuatro horas en Krasnoyarsk, otra industriosa ciudad siberiana. *Michi*, compañero de cabina, me paseó por la ciudad. Nos alejamos de las feas casas y fábricas en un viejo autobús de línea e hicimos senderismo por verdes y montañosos parajes, alejados del cielo sucio de la ciudad. Sospechaba que *Michi* quería llevarme a un lugar apartado y robar mis pocas pertenencias. Poco después me di cuenta que mis temores eran infundados. Esta experiencia me ayudó a rebajar definitivamente la típica paranoia del viajero inexperto.

Me encontraba en el corazón de Siberia. Por primera vez era plenamente consciente de tantos mitos, películas y libros que se hacían realidad ante mis ojos. El clima era fantástico y el aire limpiísimo. Es impresionante observar una fotografía satelital de Rusia tomada de noche: un retorcido y fino haz de luz traza el recorrido del tren en sus miles de kilómetros desde Moscú hasta Vladivostok, en la costa del Pacífico. Si observas otra foto satelital de la parte egipcia del Nilo te convencerás de que los humanos preferimos vivir bordeando las grandes vías de comunicación.

Esa noche, la atractiva hermana de la recepcionista del hotel me sacó a cenar y me mostró la movida *techno*, cuya música ensordece los locales de ocio de esta parte del mundo.

Al día siguiente me reincorporé al tren. Los saludos, el vodka, los nuevos compañeros de cabina, más visitas, risas, un nuevo mundo en un escenario idéntico, y siempre vigilado por cuatro literas y una *provodnitsa*. Estaba entrando en una rutina y dejaba de importar si podía o no comunicarme. Seguía siendo el único occidental y bastaba tomar un par de copas de *Stolichnaya* para sentir que llevaba un año viajando con ellos. Me cuesta creer que antes de subir a este tren nunca había bebido vodka. Cuando algún ruso hablaba inglés, por precario que fuera, aprovechábamos para intercambiar opiniones sobre la situación en Rusia, el fútbol español y las películas americanas.

5.185 km y más de una semana de viaje desde Moscú fueron necesarios para llegar a Irkutsk, la antigua Paris de Siberia. Esta bella y decadente ciudad fue durante la época de los zares un importante centro social y de intercambio comercial entre Oriente y Occidente. Irkutsk es el punto de partida para visitar el Baikal, el lago de agua dulce más grande, antiguo y profundo del mundo. Tomé un autobús a Slyudjanka, una aldea de pescadores a 100 km, en la orilla suroeste del lago. Era un día lluvioso y desagradable. Pero el clima desapacible no impidió que tomara un ferry que me paseó por este *mar* de más de 600 km de longitud y hasta 1.637 metros de profundidad. El lago Baikal se convierte en una enorme y gruesa placa de hielo durante el crudísimo invierno siberiano, que alcanza temperaturas de 40 grados bajo cero y puede durar dos tercios del año.

Desde Irkutsk retomé el Transiberiano y serpenteamos por la orilla del majestuoso lago, bordeándolo en dirección Sur. Con frecuencia y sin avisar, el traqueteo subía drásticamente de volumen y nos devoraba la negrísima oscuridad de interminables túneles.

En el km. 5.642 el tren se detuvo trabajosamente en Ulan Ude, entre bufidos y chirridos. En esta desolada ciudad fantasma llena de militares adormilados, niños desnudos y perros sin dueño, enganché con otro mítico ferrocarril: el Transmongoliano. Este tren comienza en el Sur de Siberia y termina a más de 3.000 km en Pekín, atravesando Mongolia de Norte a Sur. Llevaba el billete comprado desde España, lo que facilitó las cosas para el transbordo. Tras pasar comprobaciones y confiscaciones temporales de visado y pasaporte, esperar tediosamente en estaciones en medio de la nada, soportar registros en la mochila e interrogatorios, primero por las autoridades rusas y después las mongolas, llegamos a Suche Bataar, primera ciudad fronteriza, ya dentro de Mongolia.

Pero Mongolia es otra historia sobre la que escribiré en la próxima carta.

# IMPRESIONES

Tras algunas charlas deslavazadas y reflexiones en los escasos momentos sobrios, en mi estrecho compartimento del vagón, me gustaría transmitir algunos de mis impresiones sobre lo que he visto y sentido en Rusia.

Este enorme territorio transita por un momento muy delicado. Se halla en un prolongado período de decadencia, con una marcada desorientación política y económica en el ciudadano de a pie, sumado a una descoordinación entre las reformas económicas y las político-sociales impulsadas desde un gobierno centralizado y burocrático. Rusia ha entrado sin preaviso en una fase de capitalismo salvaje, sin haber ajustado previamente sus estructuras políticas y sociales ni mentalizado a sus ciudadanos. Me he topado con una agresiva economía de mercado en una cultura donde aun impera la filosofía del amiguismo, la subvención y el mínimo esfuerzo, de trabajar sólo lo necesario para sobrevivir. Aún escasea el riesgo y la mentalidad empresarial. Los pocos que la tienen están desmotivados por los altos porcentajes de beneficios a pagar a las organizaciones mafiosas que corrompen cada centímetro cuadrado de este país. Los salarios son ridículos y los precios de bienes básicos muy altos. La privatización de miles de empresas ha incrementado el número de parados en una cultura que no conocía el significado de la palabra desempleo. Muchos militares (en Rusia abundan) no tienen trabajo o no cobran desde hace años. Siguen yendo al cuartel todas las mañanas por miedo a perder su derecho a cobrar el día que el Estado decida ponerse al día con los sueldos atrasados. La clase media ha dejado de existir y la clase alta sigue engordando sus cuentas en Suiza y comprando *dachas* a las afueras de Moscú, y mansiones en Crimea, Londres, Costa del Sol y Dubai. La vieja *nomenklatura* comunista defiende su nivel de vida y mantiene impecables los jardines de sus *dachas*, vendiendo sin escrúpulo bienes del estado y viejo armamento a países pobres. Existe la leyenda de que algunos burócratas venden con impunidad en el mercado negro viejos aviones a reacción Mig 25 o secretos nucleares. La infraestructura pública está en decadencia y numerosos edificios con bellísimas fachadas se encuentran en su interior en deplorable estado.

A pesar del fracaso del sistema que imperado durante casi ochenta años, paradójicamente han permanecido algunos legados del antiguo comunismo que ayudan a mejorar la calidad de vida del ruso de a pie: un transporte público eficiente y barato, una efervescente y sofisticada actividad cultural en las grandes ciudades (conciertos, teatro, opera, ballet) y una población rural autosuficiente que vive dignamente. Los campesinos cultivan su propio huerto, comen y usan las pieles de sus animales domésticos y construyen sus casas con la madera de la Taiga siberiana.

Las mujeres siberianas son espectaculares. Altas, rubias, esbeltas, con piel de porcelana, elegantes, comunicativas y educadas. Creí ver más mujeres que hombres. He leído que la tasa es de 0,86 hombres por mujer, mientras que en España casi se iguala con un 0,98. ¿Será consecuencia de las masacres durante la II Guerra Mundial? ¿o de las purgas de Stalin? ¿o por el alto consumo de alcohol entre los hombres?. Muchas rusas desean conocer a un europeo occidental que les libere de sus limitaciones materiales. Escasea la esperanza, quieren huir y están contaminadas por las promesas de un mundo de mansiones, coches lujosos y fiestas que han visto en las películas de Hollywood.

Los jóvenes están recibiendo una sobredosis de cultura occidental. De una educación opresiva y una censura agobiante, han pasado de la noche a la mañana a la NBA, MTV, Fútbol Americano, Formula 1, James Bond y Mc Donalds. Los garitos sólo ponen música cañera (*house, progressive, techno*, rock duro), mientras los más ancianos, apoyados en la barra del bar, parecen aceptarla estoicamente con la esperanza de que sea una moda pasajera. Cualquier icono occidental está sobrevalorado por una juventud que se debate entre una digna historia y tradición, demasiado lejana, y unos valores importados que aún no han digerido correctamente. Piensan que aquello que venga de occidente es más civilizado y rico, por lo tanto, mas *in*. Parece que sólo les interesa divertirse y el *carpe diem*. Pero no pueden por que no tienen dinero. Los precios para entrar en discotecas y bares son prohibitivos (¡15 euros por un vodka con cola!) y solo los hijos de los potentados, los nuevos ricos y los mafiosos pululan por las pistas de baile acompañados de espectaculares mujeres. Los demás, bailan en la calle, organizan *raves* o directamente se emborrachan.

Espero que esta situación no dure demasiado. Puede explotar. No me extrañaría ver una progresiva vuelta a la antigua izquierda comunista o un recorte de libertades con Putin o Medvédev. No creo que esta ciega carrera en pos del capitalismo salvaje y del dinero fácil sea buena para el país. El ciudadano ruso piensa que su otrora orgullosa patria se ha desmembrado y ha perdido su prestigio en el mundo. Sienten que les han robado la cartera y dejado en pelotas. Envidian el crecimiento económico de China.

## HISTORIA

Permíteme dedicar algunas líneas a la interesante historia de este gran país.

Rusia es una nación joven. Los primeros datos históricos se remontan al año 862 d.C. En 988 el Príncipe Vladimir se convirtió al Cristianismo y sus súbditos le siguieron. En el siglo XIII el pequeño territorio ruso es conquistado por las hordas de Gengis Khan. Los rusos pagan tributos a los mongoles hasta 1490. Es este el momento en el que comienza la expansión territorial, que no se interrumpe hasta el siglo XIX con Catalina II.

Iván III, Basilio I e Iván IV (El Terrible) son los que más contribuyen a alcanzar los 17 millones kilómetros cuadrados que hoy abarca la nación, la mayor del mundo. En 1585 Miguel se autoproclama el Primer Zar de la dinastía Romanov, que se interrumpe definitivamente en 1918 con el cruel exterminio de la Familia de Nicolás II durante la revolución Bolchevique. Entre estas dos fechas, el *más grande Zar* Pedro el Grande construye San Petesburgo (ex Leningrado).

Ya en el siglo XX, Lenin accedió al poder en un país destrozado por la guerra y el hambre, con un sistema político autocrático y déspota, alejado de la realidad social y económica. Lenin se subió al carro de la revolución Bolchevique una vez comenzada. Más decidido que sus camaradas, solo le interesaba la Revolución. Sin embargo, en la firma del tratado de Paz de Brest Litovsk (1918) Lenin renunciaba a medio país en favor de los alemanes. Murió en 1924 y fue reemplazado por Stalin.

Stalin es conocido por *eliminar* a sus adversarios. Tras enormes purgas (17 millones de rusos deportados a los *gulags* de Siberia) comenzó una salvaje colectivización agraria y una

industrialización a ultranza que dejó sin comida al país. Sólo durante la Segunda Guerra mundial murieron entre 20 y 25 millones de rusos, que sería como vaciar la mitad norte o sur de España.

Tras la muerte de Stalin en 1953 Jruschov comenzó una tímida reapertura y denunció públicamente las atrocidades de Stalin. Con Breznev Rusia se estancó de nuevo. Después, los viejos Chernenko y Andropov murieron demasiado rápido para dejar un legado significativo.

En 1985 Gorbachov comienza un periodo irreversible de apertura y reformas. La Perestroika, Glasnost y en 1989 la caída del Muro. En 1991 se produce la desintegración de la URSS y el nacimiento de Rusia y facilita la independencia de quince nuevas repúblicas, rebajando la superficie de la URSS en nada menos que cinco millones de kms cuadrados. Tachado en su país como débil (aún hoy sufre una terrible reputación) fue superado por los acontecimientos. Se le culpa de desmembrar el país, de regalar Alemania Oriental a Europa, de meter al país en el avispero afgano, de no mantener el *status quo* político comunista, de destrozar el ejército, de no proteger a los millones de rusos que permanecieron en las repúblicas escindidas, de no ajustarse con reformas políticas a la nueva realidad social y económica, de desprestigiar a la *nomenklatura*, etc.

En 1991 una intentona golpista de la vieja guardia comunista catapultó a Yeltsin al poder, cuya imagen subido a un tanque dio la vuelta al mundo. En 1993 Yeltsin gana en un referéndum donde el 75% de los votantes le piden que siga adelante con las reformas. En 1996 gana las primeras elecciones totalmente democráticas. Yeltsin era duro, astuto y con maneras dictatoriales, justo lo que Rusia necesitó en una primera etapa. No importaba si se emborrachaba o desaparecía durante semanas... A pesar de sus excesos, su retiro es dorado y nadie le ha pedido cuentas.

Yeltsin aplicó una terapia de choque tal vez demasiado drástica, con una desbocada apertura al exterior, dando fin a los controles de precios y reduciendo el gasto público. Pero el resultado fue que los ciudadanos rusos vivían aún peor como consecuencia de la gravísima depresión económica y la privatización salvaje. Se creó una oligarquía de nuevos ricos y mafiosos. Yeltsin tuvo que dimitir en 1999.

La recuperación económica comenzó a partir de ese año con el alza del precio del petróleo, y le sustituyó Vladimir Putin, gris funcionario de la extinta KGB. En 2004 fue reelegido con el 71% de los votos. Desde entonces Putin ha ganado control sobre los tres poderes y protagoniza un extraño juego con las potencias occidentales de *ahora me acerco, ahora me alejo*. Se reparte el poder con su sucesor Medvédev, aunque las malas lenguas dicen que el segundo se limita a cumplir órdenes. Entre los dos, cada invierno amenazan con arrodillar a la mitad de Europa abriendo y cerrando el grifo de las enormes reservas de gas.

En lo **SOCIAL Y ECONÓMICO**, el país está mucho más fastidiado de lo que vemos en la televisión:

El salario medio no sube de 500 euros al mes y los altos precios de bienes de primera necesidad no concuerdan con los costes reales. La juventud quiere divertirse, pero pagar la entrada a una discoteca cuesta diez días de sueldo. El vodka es barato, y los rusos se emborrachan sin freno. Un kilo de carne cuesta veinte euros. Una Coca Cola dos euros. No

existe la clase media. Estuve en casa de dos amigos rusos que conocí en el tren y me entraron ganas de echarme a llorar cuando ví en que condiciones vivían. La clase alta se enriquece rápidamente, en muchas ocasiones a través de medios dudosos. Los militares están desprestigiados. Cientos de miles regresaron de Europa del Este sin casa ni trabajo. El nivel de desempleo es muy alto y la economía sumergida duplica a la de los países europeos. Hasta hace no mucho todos trabajaban, aunque poco y sin motivación. Pero ahora observo, sin ánimos de generalizar, un sistema *hipercapitalista* insertado a la fuerza en una cultura del mínimo esfuerzo. Todos, sin excepción, pagan un bajísimo 13% de IRPF, no importa cuales sean sus ingresos. El ruso aun no entiende (después de tres cuartos de siglo bajo el comunismo) que para ganar más dinero hay que trabajar más y mejor. La administración pública ofrece unos servicios muchas veces lentos, escasos, innecesarios o mal planificados. La tasa de aborto es de las más altas del mundo. Muchas jóvenes rusas están desesperadas por huir del país con un occidental. Otros recurren como tabla de salvación a la religión y el alcohol.

El crecimiento del PIB, que en la mayoría de los países desarrollados estuvo entre el 2 y el 4% en las dos décadas anteriores a la crisis de 2008, en Rusia se contrajo casi un 50% (!!) durante la primera mitad de los 90. En los últimos años del siglo XX empezó a recuperarse, desde 2001 hasta 2007 los crecimientos fueron estratosféricos, con una media del 7%, apoyado por sus enormes recursos energéticos: gas, petróleo y carbón. Sin embargo los ciudadanos no han mejorado a la par su calidad de vida. Si es buena noticia que la población que vive bajo el umbral de la pobreza ha disminuido del 40% al 10% y que el país tiene un mayor porcentaje de licenciados universitarios que cualquier país de la UE. Aún así, entre 2002 y 2009 Rusia ha perdido más de 3 millones de habitantes y está por debajo del puesto 70 en el Índice de Desarrollo Humano elaborado por la ONU. Además, la crisis global de 2008 ha golpeado más duramente a un país escaso en protección social. La inflación sigue siendo demasiado alta y el sistema no termina de adaptarse a la liberalización de los precios. Las estanterías de las tiendas de muchos pueblos de Siberia siguen estando semivacías... y muchos campesinos piensan que su querido país esta en venta (por ejemplo, el conflicto con Japón sobre las islas Kuriles). Hay 35 millones de jubilados, y la mayoría trabaja para sobrevivir poco más de 100 euros mensuales de pensión, pagados tarde y mal. No existe protección social fiable ni subsidio estable por desempleo. Aunque más de la mitad de la población es clase media, las desigualdades económicas son importantes, sobre todo para el 20% de la población de etnia no rusa. Según la revista Forbes, casi la mitad de los 110 *billionarios* del mundo son rusos, pero por nivel de renta *per cápita* del país no está entre los cincuenta primeros países.

En demasiadas ocasiones, el cumplimiento de la ley brilla por su ausencia, y el poder judicial es lento y corrupto. Es difícil comenzar una nueva empresa porque los bancos no prestan y la mafia exige un importante pedazo de los beneficios. El gobierno a duras penas consigue que los *cerebros* no emigren a occidente. Hay poca transparencia informativa y permanece la paramilitarización de la vida civil. Años después de la caída del comunismo soviético, la sociedad aún esta desorientada, aunque en el buen camino.

Espero que el panorama sea más halagador en Mongolia.

En la próxima crónica narraré mis andanzas por el Desierto del Gobi, casi en el fin del mundo, y por el Parque Nacional de Hóvsgol, una maravilla en el corazón de Asia.

# EL TRANS-SIBERIANO

## RUSIA

